

Roma, ciudad eterna y universal (I)

La Roma de las siete colinas

Un viejo amigo que marchó hace años, don Enrique Pérez Comendador, académico de la Real de Bellas Artes y que había sido director de la Academia Española en Roma, cargo recaído por "decretazo" del dedo en otra persona y que él reclamó por derecho consiguiendo que en justicia se derogase un decreto firmado ya por el entonces jefe del estado, decía que Roma era la capital del Arte por encima de otras y sin parangón en el mundo por sus valores históricos y culturales. Capital también de la República Italiana, lo es al mismo tiempo de la provincia de su nombre en la región del Lacio, del Estado Vaticano y de la Soberana Orden de Malta.

El Río Tíber cruza Roma y la divide en dos partes, de la que la ribera oriental es la más antigua, asentando las siete colinas sobre las que se fue alzando la primitiva población, hoy conocidos como Aventino, Capitolina (o Campidoglio), Celio, Esquilino, Palatino, Quirinal y Viminal, montes que relativamente y con el tiempo han ido desapareciendo por el desarrollo urbanístico, si bien es cierto que de alguna manera contribuyen al trazado de calles y plazas, que sirven para determinar los distintos sectores de los barrios romanos.

Traza una curva que deja a un lado del cauce el antiguo Campo de Marte y al otro la Ciudad del Vaticano y sigue camino del Mar Tirreno, entremetiéndose por las estribaciones de la Sierra del Janículo.

Al pie del Monte Palatino

De chiquillos aprendimos en la escuela que Roma había sido fundada a la orilla izquierda del río Tíber según la leyenda mitológica, cuando Rómulo y Remo, hijos gemelos de la vestal real Sivia y el dios Marte, que habían sido arrojados al agua por un pariente cercano, tal vez un tío abuelo descontento con el aumento de la familia y que resultó ser un usurpador. La corriente les llevó al pie del Monte Palatino, donde fueron alimentados por una loba al mismo tiempo que a sus cachorros y recogidos después por los hombres que pastoreaban aquellas. Cuando fueron un poco mayores, quisieron hacer un pueblo.

Rómulo trazó con el arado y una yunta de bueyes, un surco que delimitaba el que sería recinto sagrado de aquel poblado y esto debía ocurrir, según esa leyenda, hacia mediados del siglo VIII A.C. que algunos historiadores, concretando mucho, fijan el 21 de abril del 753. Vivieron tranquilos durante algún tiempo con

las gentes que se habían agrupado en torno al lugar y que se dedicaban al pastoreo y la labranza. Pero un buen día, Remo, que no debía estar muy conforme con que todo lo gobernara y dispusiera Rómulo, rompió las normas y saltó el límite, marchando quizá en busca de otro lugar en que asnetarse. Esto enfureció sobremanera a su hermano que le buscó y mató. Poco después, raptó a las Sabinas para dar esposas a sus compañeros, posiblemente porque querían aumentar el censo de aquella primera aldea que acabaría siendo Roma.

Excavaciones arqueológicas

Las muchas excavaciones arqueológicas que se han hecho durante siglos en torno a la ciudad de Roma, han abierto ese profundo libro histórico que son los vestigios antiguos, donde nos hablan en cuanto a la fundación de unas aldeas que en el siglo VIII A.C. se agrupaban en las depresiones del río, próximas a donde luego se haría el Foro. Estos agrupamientos humanos darían lugar a la creación de una ciudad de civilización latina en la que en la centuria siguiente, esto es en el siglo VII A.C. se instalaron los etruscos, quienes organizaron un amurallamiento y establecieron un gobierno.

